

Un ascenso histórico al volcán Turrialba

RESUMEN

En este texto se transcribe el artículo *Ascensión al volcán Turrialba*, en Costa-Rica, publicado en 1864 en el periódico *Gaceta Oficial* por el Dr. Juan Braun, médico o farmacéutico alemán residente en Costa Rica. Asimismo, se hace una interpretación –mediante numerosas notas al pie de página– de varios aspectos de su contenido, relacionados con temas de historia natural, geografía e historia.

Palabras claves: Juan Braun, Alemania, Cartago, Costa Rica, vulcanología, historia natural.

ABSTRACT

The article *Ascension to the Turrialba Volcano*, in Costa-Rica, published in 1864 in the newspaper *Gaceta Oficial* is entirely transcribed. It was written by Dr. Juan Braun, a German doctor or pharmacist residing at that time in Costa Rica. In addition, through many footnotes, an interpretation is made of several aspects of its contents dealing with natural history, geography and history.

Keywords: Juan Braun, Germany, Cartago, Costa Rica, vulcanology, natural history.

Presentación

A raíz de la notoria actividad manifestada por el volcán Turrialba durante los años 2007 y 2008, resulta pertinente rescatar el presente relato, publicado en 1864, en la *Gaceta Oficial* por el Dr. Juan Braun. Aunque hay fragmentos de él en González Viquez (1994), nunca ha sido publicado *in extenso*. Se trata del primer relato escrito sobre un ascenso a dicho volcán, aunque los viajes exploratorios posiblemente fueron comunes entre los indígenas que poblaban la zona.

De previo al ascenso, Braun publicó una invitación para escalar dicho volcán (*Gaceta Oficial*, 16-I-1864, p. 1) con el título “Tribus spes” una!, que en sentido laxo significa “¡Una esperanza para la sociedad!”. Dicha invitación decía:

“Gloria, triunfo y los mismos deseos a los tres valientes montañeses de Cartago, Manuel Guillén, Antolino Quesada, y Fr. [Francisco] Guillén por ser los

Luko Hilje
Biólogo.
Doctor en entomología.
Profesor Emérito, Centro
Agronómico Tropical de
Investigación
y Enseñanza (CATIE).

primeros que, después de varias tentativas, en medio del invierno, sumamente penosas y costosas, de subir al desconocido Turrialba, han ascendido al fin al interesante y turbulento cráter de este volcán activo, cuya inmensa columna vemos y conocemos desde tanto tiempo solamente de lejos, siempre con el vehemente deseo de subir un día. / La sencilla descripción de este volcán, que dan estos tres descubridores, es tan interesante y la subida tan fácil que no hay tiempo que perder para conocerlo. / A mediados del mes de febrero, pues, saldrá de la capital una expedición alegre para ver lo que hacen los inquietos dioses infernales (y tónicos) en el fondo del terrible volcán, que arroja un aliento por más de 50 chimeneas humeantes. / Aquellos señores curiosos, que quieran favorecer a estos tres valientes montañeses de Cartago y hacer parte de la expedición, tengan la bondad de hablar con Juan Braun”.



Vista completa del volcán Turrialba, desde el actual camino rumbo a El Sitio, poco antes del caserío de San Martín. Foto: Luko Hilje.

Sin duda, su convocatoria fue exitosa pues –aunque, lamentablemente, él no consigna en el relato los nombres de todos los expedicionarios–, González Víquez (1994) señala que fueron 12 quienes acometieron ese desafío. Pero este transcribe un texto del célebre botánico suizo Henri Pittier, quien cita, aparte de Braun, a los dos guías, al doctor francés Roche de la Tour, al suizo Martin Flütsch y un alemán de apellido Johanning.

Desconozco quién era Roche de la Tour, aunque he observado su nombre en la prensa de la época, sin aportarse detalles sobre él. Por su parte, Braun fue un reputado médico o farmacéutico

alemán que estableció una conocida botica en San José, y además fungió como profesor de latín en la Universidad de Santo Tomás. Años después, se casaría con Elena Bonilla Carrillo, con quien tuvo siete hijas y un hijo, Juan Diego, quien fuera notable abogado, periodista y poeta (Núñez, 1980); como no se casó, el apellido desapareció en el país. Dos destacados nietos fueron Ángela Acuña Braun, primera abogada costarricense y pionera dirigente feminista, hoy Benemérita de la Patria, y Federico Gutiérrez Braun, quien fuera director general del Instituto Geográfico Nacional por 18 años (1948-1966), hasta su muerte.

Cabe indicar que, en marzo de 1856, cuando Costa Rica fue agredida por las hordas filibusteras de William Walker, 35 alemanes residentes en San José enviaron una carta al presidente Juan Rafael Mora, en la que se ofrecían para defender nuestra patria (Hilje, 2007). Entre ellos figuraron Braun, Flutsch, don Carlos Johanning y sus hijos Adalberto y Eduardo; desconozco cuál de ellos fue el que escaló el volcán Turrialba. Sobre Flutsch, en el primer semestre de 1855 ofrecía sus servicios como relojero, e indicaba ser suizo y no alemán, pero firmó la carta aludida como alemán.

Debe resaltarse que Braun siempre mostró interés por las ciencias naturales, y fue así como acompañó a su paisano Karl Hoffmann en su ascenso al volcán Barva,

cuyo amplio y exquisito relato aparece en Hilje (2007). Un aspecto interesante es que Braun fecha su texto el 26 de febrero de 1864 (publicado en la Gaceta Oficial del 12-III-1864), lo cual sugiere que lo escribió estando arriba en el volcán, y lo pulió después en la capital, pues al final de su relato destaca que *“La bajada la hicimos en dos días, y el segundo fue fuerte y acompañado con varios accidentes. El domingo 28 cenamos en San José”*. De todo esto se colige que la excursión total comprendió ocho días completos, que abarcaron del 21 al 28 de febrero.

Finalmente, debo señalar que, aunque respetando algunos aspectos del estilo de escritura de la época, me tomé la libertad de editar el relato, para estructurarlo en párrafos cortos y de fácil lectura, a diferencia de los muy extensos párrafos del texto original, como era frecuente que se escribiera entonces. Asimismo, modifiqué varios aspectos ortográficos y tipográficos, para simplificar su lectura, e incluí algunas notas aclaratorias, como pies de página.

Ascensión al volcán Turrialba, en Costa-Rica

Entre los monumentos eternos, con que la Providencia ha coronado la creación de nuestro planeta, están sin duda los volcanes, aquellos bien conocidos ventrículos o chimeneas de seguridad según Humboldt¹, colocados en diferentes direcciones y distancias, y dispersos sobre toda clase de climas de nuestro globo, sean aislados o en línea continua, y los cuales tienen, como todas las otras partes del Universo, el glorioso fin (aunque muchas veces todavía con destrucción de ciudades y pueblos), de la perfección de todas las cosas en su infinita bondad. De estos 200 volcanes (más o menos) conocidos como activos en la tierra, hay más que 50, y de los más terribles, en la larguísima cadena de los elevados Andes de América, que se extienden de las posesiones rusas de América del Norte² hasta el cabo de Hornos en la parte más fría del sur, donde han hecho en diferentes épocas sus horrorosos estragos.

Centro-América, que no ha sufrido tanto por erupciones volcánicas, como por terremotos destructores, que están casi siempre en combinación con volcanes³, cuenta con varios famosos en Guatemala, en San Salvador y Nicaragua. En Costa-Rica hemos visto el Poás, el Barba⁴ con su interesante cráter, hoy una laguna, el de Cartago, Irazú, los cuales no están enteramente muertos; pero el compañero y vecino de este último, pegado con él hacia el Noreste, con el nombre *volcán de Turrialba*, está completamente en actividad, echando desde ha muchísimos años, una espesa y alta columna de humo, preñado con bastante azufre, que ha destruido en su espalda, toda vegetación y ha dejado en el lado noroeste considerables depósitos de azufre de mucha pureza: y por eso y por la mucha dificultad de subir hasta su cima, ha llamado este volcán la atención y admiración de los aficionados o curiosos, siempre con el deseo de verlo un día más cerca, cuando fuera posible⁵.



Catarata del río Turrialba, cerca del puente que delimita los cantones de Alvarado y Turrialba. Foto: Luko Hilje.

Esta ocasión ha llegado al fin para nosotros; la comprendimos y nos alistamos en la semana pasada, y logramos, aunque con mucho peligro y penosos trabajos el ascender a él y admirar la majestad de este respetable coloso con sus tres soberbios picos, San Carlos, San Enrique y San Juan, y sus ruidosas respiraciones por más de 100 bocas. Creyendo hacer un favor a algunos aficionados, que sin duda quieren ir un día y ver el grandioso *focus*⁶, de esta poderosa y tumultuosa máquina plutónica en nuestro país, me dispensarán los defectos de una narración ligera sobre la ascensión dificultosa de este hasta ahora desconocido *volcán de Turrialba*.



Vista del sector que recorrieran los expedicionarios desde la catarata del río Turrialba (debajo del grupo de nubes, a la izquierda, se observa esta) hasta la cima del volcán. Foto: Luko Hilje.

De Cartago, pues, donde nos encontramos con nuestro amigo y compañero, el Doctor Rocha de la Tour⁷ y con nuestros dos honrados guías Antolino Quesada y Manuel Guillén, salió toda la compañía en número completo de 12, a las 11 de la mañana el día 22 de febrero, y llegamos a las 5 de la tarde al *Sitio*, potrero de D. Eusebio Ortiz, al pie del volcán de Irazú, lado del este, donde nos quedamos contentos al aire libre, por no haber podido ocupar la casa. Aquí nos preparamos para el viaje de mañana *per pedes Apostolorum*, dejando nuestros caballos en el *Sitio*⁸. En el fondo de la selva ya se ve la primera vez, hacia el norte en este potrero, pero muy escondida y retirada, la cabeza negra del volcán Turrialba, negra, porque los cargueros en el otro viaje⁹ prendieron fuego en su pescuezo, y lo dejaron muy pelado o quemado, como testimonio de haber estado arriba en el volcán, lo que muchos dudaban.

El 23 de febrero a las 8 de la mañana nos levantamos para comenzar el viaje a pie, y la primera parte de la vereda angosta hasta el río Chis¹⁰, se puede llamar regular camino, andando entre árboles de una inmensa corpulencia. Este río, como los demás, grandes y chiquitos, llevan una agua dulce y fría; la cuesta, antes de llegar a este río, es corta, pero muy precipitada, y en una hora nos entramos en el caudaloso río Turrialba, que se forma poco arriba de nuestro paso por tres riachuelos, y uno de estos con una catarata de más de 40 varas¹¹. El lado norte de este río se presentó como un muro, y se nos cerró completamente el camino, pero el genio práctico de Antolino y Manuel venció al instante los obstáculos, haciendo ellos dentro de una hora, una escalera de dos largos palos, atravesándolos con patitas, las cuales amarraron con bejuco en ambos extremos, y así subimos con nuestra carga sin accidente ninguno.

De aquí adelante sigue el camino sumamente penoso en una cuesta tal vez de 55° tan difícil para subir, que era necesario descansar cada rato; esta es la parte más precipitada de todo el camino, y este trabajo es tan duro, que el más valiente quizá estaba arrepentido de haber llegado allí. Cada paso que se adelantaba, cada

vara de terreno que se gana, con el sudor más copioso, es una conquista amarga; y así duró esta batalla con golpes y caídas más de dos horas. Si faltaran aquí raíces y árboles, no sería posible subir; y ¿qué resultaría con una lluvia? ¡Cuántas veces deseábamos estar al fin arriba! Pero el tiempo nos favorece con un aire primoroso; las sombras nos dan su abrigo, y el agua fría, que llevábamos, nos refresca cada momento.

Al fin, llegamos, y media hora después nos presentó sus aguas el río Francia¹². Otra subida sigue de allí, que nos ocupó más de una hora con los mismos obstáculos y, principalmente, muchos árboles caídos sobre el camino. A las tres de la tarde bajamos a un valle pequeño, que llamamos San Martín, ¡en honor a nuestro atrevido suizo D. Martín Flutch!¹³ Allí hicimos alto, formamos un rancho, para pasar la noche. Hasta este punto la tierra es sumamente rica, el verdadero *humus*, pero pocas flores, porque estos inmensos árboles, con sus sombrías ramificaciones, no dejan penetrar nunca los rayos de sol; pájaros casi no existen, y muy extraño es ver una pava, una gallina de monte, ninguna seña de venado, cabras, ni tigres, pero sí huellas de danta¹⁴; solo de vez en cuando brincan los flexibles habitantes de árboles, los congos y otros monos con su mucha bulla, interrumpiendo así el profundo silencio de este laberinto¹⁵. Parece que la humedad sempiterna les ha quitado a las aves las ganas de vivir en esta montaña.

Muy cansados en nuestro rancho de palmas de S. Martín, con poco fuego por falta de leña seca, nos molestó bastante el frío sobre el suelo húmedo, y ninguno de nosotros pudo dormir bien en todo el viaje. Sin embargo, reinó entre nosotros el mejor humor, y se habló solo del volcán, y de la orilla izquierda del Rin, que debiera pertenecer a la Francia para redondearse, lo que se oponía fuertemente el patriotismo germánico¹⁶.

El día 24 salimos algo más temprano (7½ h.), y para llegar al primer río, se gastó una hora. La salida de hoy no es otra cosa que una pesada repetición de las molestias de ayer, y muchas veces más difícil, porque la multitud de *cañuelas* tan cerradas, como esta, frecuentemente se inclina o doblan tanto, que forman una cueva, por donde teníamos que pasar por leguas, enteramente doblados, y es una de las penas más fatigantes, que impiden muchísimo andar con un poco más ligereza. En varios puntos se ve ya el volcán negro, y su vista nos anima fuertemente para aguantar. Por la tarde, a las 5, nos encontramos con un bajo algo profundo y no distante del pie del volcán, que sin duda forma en el invierno una laguna¹⁷; allí pasamos la más mala noche imaginable por un frío extraordinario de 1° R¹⁸. en la madrugada, y por la humedad de abajo.



Vista completa del volcán Turrialba, desde cerca del poblado de La Central. Nótese la vegetación quemada, en el sector izquierdo. Foto: Luko Hilje.

25 de febrero. Levantándonos a la una de la mañana, tal vez hubiéramos llegado a las 5 ó 6 a la cima del volcán, ¡pero el frío no lo permitió! Tuvimos que andar todavía en esta laguna sin agua, pero con mucho zacate, muy enredado y tan cerrado, que teníamos que caer al suelo a cada paso. El tiempo de esta madrugada fue brillante, con

luna, hasta las once de la mañana, que llegamos al pie del volcán, en la dormida del *Buen Mondongo*¹⁹.

A pesar de que se puso nublado y oscuro el tiempo, dos compañeros se adelantaron y subieron en aquel mismo día, mientras el resto quedó esperando al día siguiente para ver al mismo tiempo nacer el sol en el océano, y tener mejor vista que ayer: no nos engañó la esperanza: a las 2 de la mañana del 26 de febrero, dejamos el rancho, y con candelas y linternas llegamos en dos horas hasta los Quemados²⁰; pero de allí comenzó la verdadera dificultad para trepar sobre la tierra con tanto polvo negro, del zacate de los arbustos quemados; nuestros pulmones trabajaban como nunca, nuestras piernas temblaban, y nuestros ojos se nos asustaban de los abismos que se abrían a cada momento debajo de nosotros. Parece el volcán una fortaleza sobre una roca con sus precipicios. Pero casi al llegar a la cúspide, cerca de las 6, se levantó *Helios* majestuosamente de las olas del Atlántico, y nos preparó uno de los más deliciosos y gratos paisajes que la naturaleza puede ofrecer. Concluido este maravilloso espectáculo del gran disco brillante, un otro esfuerzo nos llevó arriba, ¡y pronto nos arrimamos a la orilla peligrosa e inquieta del cráter humeante!

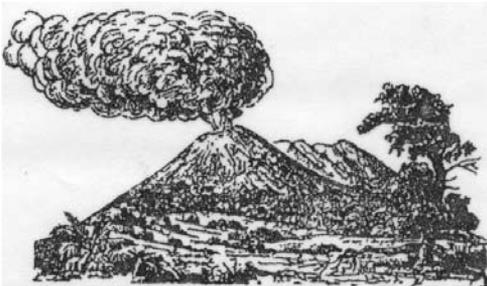
La primera impresión que hace la oscura profundidad del cráter mayor (de más de 300 pies²¹ de profundidad), con sus cuatro paredes negras y amarillas, en que más de cien bocas pequeñas (de dos varas



Vista completa del volcán Turrialba, desde cerca del poblado de La Central. Nótese la vegetación quemada, en el sector izquierdo. Foto: Luko Hilje.

en circunferencia), adornadas a su rededor con capas amarillas de azufre, están humeando con estrépito, casi silbando como mal arregladas máquinas de vapor, esta impresión, decimos, causa involuntariamente terror y susto, y principalmente en los dos rincones del lado oeste y este, de donde sale en dos bocas más grandes, mucho más humo con ruidosa fuerza, hasta que se levanta la gran columna de humo (más que 100 varas en circunferencia), junta y unida ya con las columnas chiquitas arriba en la orilla del cráter, en donde se ve de lejos aquella enorme columna de humo de 500 pies de altura, según el viento o la calma, tan claramente desde la plaza de Heredia, como del Monte de Aguacate, principalmente en el invierno, después de grandes aguaceros.

Al este del cráter linda otro, ahora muerto, y otro sigue a este hacia el noreste, pero serán en el invierno más bien depósito o pozos, llenos de agua llovida. El cráter, pues, entero, está formado por tres picos elevados y puntiagudos, que se llaman el del norte, San Carlos, el del este, San Enrique, y el del sur, San Juan, que es menos dificultoso que los dos primeros²².



Erupción del volcán Turrialba en 1865, visto desde el costado sur, según un dibujo de von Seebach. Cortesía: Gerardo J. Soto y Guillermo Alvarado I.



Cráter suroeste (a mano izquierda del central), en actividad (el 15-VIII-07), con sus fumarolas. Foto: Luko Hilje.

La circunferencia de todo el cráter puede tener, según nuestro cálculo (hemos medido una parte) algo más de 2000 varas. La forma del cráter no es regular, sino algo elíptica; las paredes interiores son casi perpendiculares, y una capa amarillenta de azufre cubre varias partes del interior, y el olor del humo y el suelo muy flojo hacen la bajada peligrosísima y la vuelta tal vez imposible. La pared del exterior del cráter hacia el oeste, es la cosa más particular y más peligrosa para andar. En donde metimos nuestros bastones, al sacarlos se formó en el hueco del suelo, mezclado de azufre con diferentes sales, una chimenea pequeña humeante, y poco rato después no se pudo aguantar la mano por el crecido calor. La altura de estos picos no puede ser muy inferior a la del Irazú, y si este tiene según los geógrafos 11600 pies, bien puede tener el Turrialba 11500²³.

La superficie del volcán forma, en cierta parte, casi un plano, y se puede gastar un día entero para ver todo; masas de lava, arena mezclada con azufre y sales, piedras quemadas forman el suelo, por consiguiente no hay vegetación, sino una poca hacia el sur, donde no llega el humo, de yerbas y gramas de una raquítica naturaleza. En estos picos se nota una formación gradual de capas de masas pedrosas de muy diferentes colores, que demuestran cuántas y cuáles potencias subterráneas terribles han sido necesarias en esta puerta infernal, para levantar estas cúspides, fundir estas materias, y amontonar estos picos, hasta darles la forma del presente.



Cráter noreste (a mano derecha del central), sin actividad visible. Al fondo, la abertura hacia los llamados "bajos" del volcán. Foto: Luko Hilje

Según se ve todavía, en tiempo de erupciones se inclinaban las lavas volcánicas hacia el norte, en dirección del río Tortuguero, donde se observa la mayor destrucción y ruina²⁴. Como el tiempo estaba todavía tan bueno, aunque muy frío, y el cielo tan despejado y el aire tan puro, nos resolvimos a subir al pico de S. Juan, y disfrutar de la hermosísima vista que nos presentó, como un lindísimo panorama, el bello valle de Turrialba, el río Reventazón, los bonitos sitios de ganados, Paraíso y Tukurrique. En la línea futura del camino nacional²⁵ que parece una distancia corta en este alto olímpico, hasta la punta de Moín, así como los dos mares se nos presentaron en aquel día magnífico; como raras veces, Barva, el volcán de este nombre, las calles de Heredia las vimos cerca, a favor de nuestro excelente telescopio, que nos pareció que con un salto podríamos llegar hasta el volcán Irazú, que nos quedaba al frente.

¡Todo el país domina hoy este trópico Parnassus!²⁶ ¡Bastante indemnización nos proporcionó esta vista y la del volcán mismo por nuestras fatigas, y contentísimos pudimos salir de este horno inquieto!

El termómetro nos señaló a las 6½ de la mañana solamente 3° R.; el viento tan helado y violento nos impidió quedarnos más tiempo en el alto. A las nueve y media nos sentamos a almorzar, tal vez a 40 varas distante del cráter, donde como por milagro se halla una pequeña fuente de agua dulce, pero tan helada, que no se puede beber sino en pequeños tragos. Allí brindamos varias veces por este volcán, y al fin concluimos nuestra jornada a las 11, cuando ya comenzaron a venir volando las primeras nubes hacia los valles. Plantamos una cruz, la cual habíamos construido un día antes al pie del volcán, en la cima de San Juan, en frente del pueblo Turrialba, bien construida, con nuestros nombres, para recuerdos del 26 de febrero 1864. Así llegó la hora de separarnos, pero habríamos sido ingratos y descorteses si no nos hubiéramos despedido con algunas palabras al jefe de estos volcanes, y así le dijimos:

Poderoso y respetable Señor. Venimos de lejos con mucho trabajo sobre montañas, ríos sin puentes y abismos, para haceros una visita, y para admirar vuestras riquezas y dominios. Hemos visto, Señor, que aquí no se siembra café, arroz ni maíz! Pero vuestro poder consiste en una máquina más poderosa, que ningún potentado del mundo posee, con la cual podéis en un año llenar toda la santa Rusia con vuestro humo que vomitáis sin mucho esfuerzo. Sois, por consiguiente, poderoso; la suerte de estos pueblos jóvenes, florecientes, que viven abajo pacíficamente en sus valles fértiles, está en vuestras manos. Si os enojáis nosotros temblamos, tenemos miedo de vuestra cólera, porque puede causar nuestra perdición. Vea la maldición de sus compañeros, del imperdonable Vesubio; los miles de enterrados cristianos por él lo condenan o lo maldicen; el furioso Cotopaxi²⁷, ¡cuántas lágrimas ha causado por su capricho! Si os reconciliáis pues, venerable anciano, con nosotros y con esta cruz, que plantamos a vuestro lado, y no nos asustáis con terremotos y erupciones, creo que os pagarán cada año con una visita, aunque no estoy especialmente encargado de prometéroslo. Adiós, pues, hasta el año 1865²⁸.

La bajada la hicimos en dos días, y el segundo fue fuerte y acompañado con varios accidentes. El domingo 28 cenamos en San José. - J.B. [Juan Braun]

Agradecimientos

A los vulcanólogos Gerardo J. Soto y Guillermo Alvarado Induni, por sus aportes y por revisar este texto. A Jorge Gómez Laurito, Horacio Herrera y Henry Aragón, por clarificar algunas dudas. A Elsa Pérez Villalón, por transcribir el texto.

Notas

1. El sabio Alexander von Humboldt (1769-1859), de origen noble, además de ser el más grande explorador científico de todos los tiempos, recorrió gran parte de América por cinco años (1799-1804). Aunque indirecta, tuvo una fuerte influencia en Costa Rica a través de sus discípulos Karl Hoffmann y Alexander von Frantzius, quienes llegaron al país a inicios de 1854.
2. Se refiere a Alaska, que perteneció a Rusia hasta 1867, cuando fue vendida a los EE.UU.

3. Según el especialista Gerardo J. Soto, en esa época se creía que los terremotos eran causados por los volcanes, especialmente, pero hoy se sabe que tanto el vulcanismo como los terremotos obedecen a la tectónica de placas o deriva continental.
4. Hoy conocido como Barva –la grafía ha cambiado para respetar el original, y es decreto oficial–, proveniente de la voz indígena *Barvak*, como se llamaba esa región antes de la conquista española.
5. Hay un bello relato sobre el volcán Irazú en Hilje (2006). Pero ahí, también, en varios párrafos cita al Turrialba, uno de los cuales dice: *“Aún no se ha efectuado ascensión alguna al Turrialba, por lo que es, como aquí se dice chúcaro, esto es, salvaje o no domesticado, y las narraciones de los indios hacen de él albergue de demonios, espíritus salvajes de las montañas, así como de millones de tigres, leones y otros animales salvajes”*.
6. Al parecer, este término alude al cráter principal, pero debe recordarse que –según Soto– se trata de tres cráteres en conjunto: el noreste (que es circular y más viejo), el central y el suroeste, estos dos últimos activos en 1864 y especialmente el central, de donde salió el mayor volumen de material eruptivo entonces. El cráter suroeste es el más activo en estos días.
7. Aquí aparece escrito así y no Roche, que parece ser lo correcto. Desconozco si era un médico y si ejerció como tal.
8. Es claro que tomaron la ruta que entonces comunicaba Cartago con Turrialba, que tiene mucho en común con la actual, y por la cual transitaban varios viajeros europeos, como Moritz Wagner, Carl Scherzer, Wilhelm Marr y Thomas Meagher. De la finca *El Sitio*, hay dudas. Me han dicho que hay un lugar llamado así, poco después de Cervantes, aunque también parece que ese fue el nombre previo del poblado de Esmeralda, cercano a Colorado, sitio fundacional de la ciudad de Turrialba. El río Turrialba estaba tan cerca, que pudieron llegar a él en apenas una hora, *“a pie como los apóstoles”*.
9. En esta confusa frase pareciera aludirse al primer viaje de Manuel Guillén, Antolino Quesada y Francisco Guillén. Según Soto, esa porción se percibe así aún, pues sería muy afectada por las cenizas lanzadas en 1864-1866.
10. Conocido hoy como río Chiz, cruza incluso la actual carretera hacia Turrialba poco antes de la pronunciada cuesta hacia el Alto Victoria.
11. Aunque algo confusa, la narración sugiere que subieron por la margen derecha del río Turrialba hasta toparse con la catarata que se observa entre la montaña, poco después del puente metálico de arco que marca la delimitación de los cantones de Alvarado y Turrialba, por la actual carretera en la parte alta, que comunica Capellades con Santa Cruz de Turrialba. Puesto que una vara equivale a 83,59 cm, la catarata mediría al menos 33 m. De hecho, en épocas de lluvias fuertes, dicha catarata gana tanto caudal que se puede divisar desde la ciudad de Turrialba.
12. Actualmente no hay ningún río ahí con ese nombre, según me lo manifestaron tanto guardaparques como lugareños.
13. Aquí aparece escrito así, pero también como Flutsch y Flütsch, en otros documentos de la época. En la nomenclatura actual no existe ningún sitio con dicho nombre, ni tampoco lo conocen los lugareños.
14. Es cierto que cerca de la cumbre del volcán hay pobreza de aves. Según los guardaparques Horacio Herrera y Henry Aragón, es común el escarchero (*Turdus nigrescens*), cercano pariente del yigüirro, más varias especies de colibríes (como la chispita vocanera, *Selasphorus flammula* y *Doryfera*

ludoviciae), la tangara de monte cejiblanca (*Chlorospingus pileatus*) y el gavián colirrojo (*Buteo jamaicensis*). Al aludir a cabras, posiblemente más bien Braun se refiere al cabro de monte (*Mazama americana*), que sí aparece con frecuencia allí, según Aragón; habita zonas altas, a diferencia de su pariente el venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*). En cuanto a los felinos, Aragón asegura que hay pumas (*Puma concolor*), pero no jaguares (*Panthera onca*). Asimismo, hay dantas (*Tapirus bairdii*) un poco abajo, sobre todo hacia el Caribe. De los monos, el congo (*Alouatta palliata*) es el que vive en las zonas más altas (hasta 2500 m), y Braun lo conocía bien, pues cuando anduvo con Hoffmann en el Barva incluso cazaron algunos; de las otras tres especies presentes en Costa Rica, el mono carablanca (*Cebus capucinus*) y el mono araña o mono colorado (*Ateles geoffroyi*) llegan hasta 2000 y 1500 m, respectivamente. Según los guardaparques mencionados, cerca de la cumbre también hay pizotes (*Nasua narica*), coyotes (*Canis latrans*), conejos (*Sylvilagus spp.*), así como ratones silvestres (*familia Muridae*) y musarañas (quizás *Cryptotis gracilis* y *Cryptotis nigrescens*).

15. Sin descalificar a Braun, este relato es una clara evidencia de que él era apenas aficionado a las ciencias naturales, a diferencia de sus amigos Hoffmann y von Frantzius, en cuyas crónicas de viajes (que fueron mucho más cortos que esta expedición) hay muy rica información sobre animales, plantas, y otros aspectos de nuestra naturaleza y gentes.
16. Por el tema abordado, esto sugiere que entre los expedicionarios predominaban los alemanes. Desconozco por qué González Flores (1976) indica que también los acompañó el alemán Francisco Kurtze, célebre ingeniero que fuera Director de Obras Públicas y autor de numerosas obras de infraestructura en el país.
17. Según Soto, este sitio está cerca del actual poblado de La Central, y está marcado con lagunas efímeras en el mapa de la zona. Corresponden a sitios de hondonadas, por el hundimiento de lavas algo viejas rellenas de cenizas, que son pantanosas en la estación lluviosa, aunque ya muy desecadas.
18. Esta es la escala de grados Réaumur. Para convertirlos en Celsius, ese valor debe multiplicarse por 1,25.
19. Esto sugiere el nombre de un albergue, lo cual carece de sentido, pues obviamente no era un lugar transitado. Es posible que se trate de un nombre jocoso o alegórico, referido al platillo preparado a partir del intestino de res.
20. Esa localidad aún existe con ese nombre, pero no está claro si era una hacienda o una finca entonces. Es posible que el nombre aluda a efectos calcinantes del volcán en alguna época remota. Según Soto, allí mismo hay unas fumarolas en la quebrada Ariete, unos 100 m aguas abajo de donde el camino cruza la quebrada, a unos 200 m de la casa de la finca; otra grieta nueva, con solfataras, aparece donde había un tajo que también siempre ha humeado tenuemente. Él indica que, aunque dicho nombre podría aludir a las fumarolas, también podría deberse a la quema provocada por los cargadores.
21. El pie equivale a 30,5 cm, por lo que esa medida correspondería a unos 100 m. Según Soto, Braun se refiere aquí al cráter suroeste –que está muy activo hoy–, el cual se ensancharía un poco en la erupción de 1864-1866; además, él señala que el cráter central después expelió la mayoría de las escorias y cenizas de magma juvenil.
22. Según Soto, esta nomenclatura aún se conserva, y es comúnmente utilizada por los guardaparques.

23. Según los cálculos de entonces, esos valores equivaldrían a 3538 m (Irazú) y 3507 (Turrialba). Hoy se sabe que las medidas exactas son 3432 y 3340, respectivamente.
24. Según Soto, efectivamente, este sector se desplomó hace 9.000-50.000 años, tras lo cual algunas lavas han cubierto gran parte de él.
25. Se refiere a la ansiada ruta hacia la costa del Caribe, por tantos años postergada, que justificó la presencia de un contingente de alemanes en la colonia Angostura, Turrialba, liderados por el barón Alexander von Bülow.
26. Por un error tipográfico, en el texto aparece escrito Paraassus, pero en realidad, por lógica, se refiere al Parnaso, cerro ubicado en el centro de Grecia, y de gran significado mitológico.
27. De estos volcanes, el Vesubio está en Italia y el Cotopaxi en Ecuador.
28. Según señala González Víquez (1994), en setiembre de ese año, y por cinco días, las cenizas alcanzaron Cartago y San José. En la cita que él hace de Pittier, se indica que a inicios de marzo de 1865 sería escalado por el geólogo alemán Karl von Seebach. A inicios de 1866, el volcán reanudaría su fuerte actividad, según lo anota González Víquez (1994).

Bibliografía

- GONZÁLEZ FLORES, LUIS FELIPE
1976 **Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica.** Biblioteca Patria. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. Pág. 306.
- GONZÁLEZ VÍQUEZ, CLETO
1994 **Temblores, terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas en Costa Rica, 1608-1910.** 1.^a reimpresión. Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica. Pág. 239 .
- HILJE, L.
2006 **Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional.** Heredia, Costa Rica: Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Pág. 200.
- 2007 **Karl Hoffmann: Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario.** Alajuela, Costa Rica: Colegio Universitario de Alajuela (CUNA). Pág. 276.
- NÚÑEZ, FRANCISCO MARÍA
1980 **Periódicos y periodistas.** San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. Pág. 117.